

9 de octubre: presencia de Korn

José Rodríguez Cometa



CÓMO fue físicamente el 9 de octubre de 1936 —día de su muerte—, es algo que no sé. En cambio, cómo fue ese día espiritualmente para mí es algo que conozco y recuerdo muy vivamente. Ese día fue para mí una alta noche. Una noche opaca, con oscuridades que anunciaban los dominios del desamparo. Sí, en esa brumosa noche sentí consumada mi orfandad. Y junto con esa noche mía, advertí esa misma noche en muchos: en todos los que compartieron la intimidad de Korn. En todos los que por tener la intimidad de Korn alcanzaron cuanto hubo en él de más precioso: ese *todo un hombre* que fue Korn. Y dirigido a ellos sería ocioso y vano intento decirles lo que él fue. Ello corresponde, además, a la

dimensión de lo íntimo, que no es la adecuada para una recordación universitaria del Instituto de Filosofía. Lo que yo procuraré decir va dirigido, pues, a los que no le conocieron y apunta a señalarles algún aspecto de su meditar. Es refiriéndome a ellos que abandono las vivas luces de lo convivido para recurrir a la luz artificial de la disquisición.

Ocuparse de un pensador es despejar el horizonte y disponer las luces que faciliten a su decir la plenitud de manifestación en forma que ese decir siga desenvolviéndose en su integridad y perdure en su esencia. Pero el filosofar no es una especie de lujo ocioso, una tarea que puede o no ocupar al filósofo, un algo más sobreagregado a

EVOCACION

lo que un hombre ya era y seguiría siendo sin ese filosofar. No; el ocuparse ocasional con reflexiones más o menos ingeniosas e interesantes no es filosofía.

El auténtico filosofar es el irrenunciable acatamiento a una movilización, a un llamado indeclinable, que es sentido, padecido como razón de ser de lo más propio de una vida. El auténtico filosofar, en cuanto es vocación, en el sentido estricto de la palabra, es ni más ni menos que un modo de la existencia. Una modalidad del vivir humano en la que un individuo queda carnalmente cuestionado, y, problematizándose, se consustancializa con lo azaroso de la cuestión que le ha sido planteada.

¿Quién es o qué es lo que plantea o emplaza al pensador a responder a una cuestión? Para abreviar digamos que lo que le emplaza es su "tiempo", su época, que es como la colectiva morada, como el cuerpo social, al cual el pensador deberá restablecer la quebrada unidad y coherencia significativa. Todo filosofar es réplica a lo puesto como proposición cuestionante. Es promover al elemento de armonía que pide la disonancia provocativa. Es voluntad de unificación de lo discrepante.

Para ir al encuentro de Korn filósofo, vayamos al encuentro de lo que, a él mismo, se ofreció como enfrentado o contrapuesto a su entrañable sentido de lo que tenía por fuero o condición del vivir humano. ¿Cuál fue la proposición provocadora que le movió a montar la guardia meditativa? ¿Cuáles, con qué elementos o pertrechos concurrió al llamado vocacional nuestro filósofo? O sea, de la reunión de éstos y de aquélla. ¿Cómo estaba constituida, cómo se configuraba la situación epocal filo-

sófica en la que se concretaría el quehacer del filósofo platense? Aclarar estos puntos es como acercarnos a los términos de su experiencia vital, a su posición, en latitud y longitud, en el cielo de la filosofía.

En reacción al quizá un tanto desbordado entusiasmo especulativo del romanticismo y particularmente del idealismo romántico alemán, hacia la mitad del siglo XIX, entra en aguda crisis de vigencia la posibilidad de un filosofar en sentido estricto, vale decir, como un saber autónomo. En cuanto saber únicamente es reconocida la competencia del conocimiento científico natural. Se pretendía entonces que, sólo en tanto fundada en las conclusiones de la ciencia, podía admitirse una disciplina llamada filosofía y cuyo objetivo quedaba circunscripto a la mera protocolización, o síntesis final, de las conclusiones de las ciencias particulares. Esta hegemonía de lo científico natural, se negaba a otorgar título de realidad a lo que no permitía ser inferior y verificado según sus métodos, postulando un causalismo que lograba su plenitud de rigor en la exacta medida que podía suprimir toda contingencia. Era un causalismo que postulaba un universal determinismo. Constituyó una situación epocal que podía denominarse imperialismo de la física matemática. En ella, dentro del orbe del saber, no cabía reconocimiento para nada que escapara a la consideración mecánica. El hombre mismo no se exceptuaba de esta exigencia. Y desde el punto de vista de la realidad legítima por este saber, sólo había lugar para un único tipo de hombre: el análogo a la máquina y a quien, en todo caso, se le podía reconocer el excepcional privilegio de ser un autómatas cons-

ciente. Así expresado, ello es groseramente esquemático y únicamente perdonable, quizá, como recurso de emergencia para presentar a lo vivo lo que considero el elemento de provocación o de vital discrepancia con la intuición romántica que Korn tiene del hombre y de su relación con el mundo. Si se analiza su pensamiento en sus múltiples aspectos, se encontrará siempre, como constante integrativa de la diversa constelación de nexos, esa su posición polémica respecto a las pretensiones del cientificismo naturalista, en un enfático reconocimiento y exaltación en el hombre de la insobornable aptitud para la libertad, patentizada en imprevisible capacidad de reactiva valoración.

Así, el punto de partida del filosofar de Korn, el fundamento o principio en el cual hace pie firme su meditar, es su intuición de la libertad en el hombre como algo contrapuesto al determinismo de los objetos naturales establecidos por la ciencia. En la concurrencia de estos dos elementos que he llamado de provocación y de respuesta, y en el juego que los articula en una única realidad ontológica, está el núcleo vivo de su filosofar. Así lo reconoce Korn, reiterándolo en frecuentes pasajes. Tal por ejemplo en el párrafo XIX de LA LIBERTAD CREADORA cuando nos dice: "En la tercera antinomia de Kant, se enuncia en términos escuetos el problema filosófico por excelencia, la afirmación conjunta de la necesidad y de la libertad".

Con esta afirmación conjunta de necesidad y de libertad comienza su filosofar, es decir, comienzan sus dificultades. En efecto: ¿cómo se justifica en Korn esta doble afirmación de tan agresivo aspecto antinómico? Es sabido que

Kant propuso una célebre solución que, al decir de Schopenhauer, constituye la más preciosa piedra alcanzada para la corona de la sabiduría. Pero la solución de Kant es de él, como cumplimiento de la misión o destino de su incumbencia, como su respuesta a la disonancia provocativa de su época. Pero el "tiempo", la "situación" filosófica de Korn es otra; otros son los términos de su problema y por eso la solución de Kant no se adecuaba a lo suyo. Y es por esto, también, por dársele a cada uno términos distintos para la cuestión propuesta y por asumirla cada uno como tal, es por lo que Korn es un auténtico filósofo y no un diletante, repetidor de pensamientos no acuñados en la agonía del propio meditar experimentante.

La solución propuesta por Kant no se adecuaba a su planteo en Korn por variación histórica en la manera de entender el alcance y valor del conocimiento científico natural, y, sobre todo, porque se habían mutilado y obstruido las conexiones que hacían posible la nueva vía metafísica de la razón práctica abierta por Kant. En lo que se refiere a la teorización del conocimiento "de lo necesario", del "no-yo objetivo", es preciso confesar que el pensamiento de Korn es vacilante y por momentos parecería que ese conocimiento "de lo necesario" se rebajase a nivel de lo meramente simbólico o convencional, de donde resultaría seriamente desdibujada su insistente diferenciación entre ciencia y filosofía.

Su afirmación de la libertad respecto a "lo subjetivo", es, como decíamos, enfáticamente reconocida y exaltada con enérgico caudal de certidumbre. No le pidamos muchas aclaraciones de lo que entiende por libertad y mucho

EVOCACION

menos, no le pidamos de ella una definición. Tampoco busquemos en él una argumentación que la fundamente. La libertad es vivida como algo lo suficientemente precioso para pender de un silogismo: es una intuición primordial, constitutiva del ser del hombre y ni puede ni necesita ser lógicamente demostrada. Es el *arkhe* del existir humano y está dado ciertamente con anterioridad a lo lógico en la clara conciencia de este existir. No se trata, pues de una mera abstracción, de un artificioso fruto del pensamiento sino que Korn la señala en tanto es algo inmediatamente intuído como principio esencial del vivir humano. Es un carácter apriorístico que no puede faltar en el hombre y se hace presente aún en quienes, al negarlo, ejercitan, como dice Korn, esa "demoníaca" capacidad de resolverse por sí o por no. Es éste un tema central de su pensar y un particular mérito suyo el haberla testimoniado así, sin caer en los vicios objetivistas, ni estancarse en un estéril formalismo vacío.

Esta forma de concebir la libertad nos ofrece al mismo tiempo el rasgo esencial del hombre, que es su protagonista. Y ello constituye otro de sus méritos muy particulares: el haber superado el error de presentar al hombre abstractamente, como un sujeto genérico al que pudiera identificársele con la etiqueta de una caracterización material. No, en Korn, el hombre no es una generalidad abstracta que pueda ser definida por género y diferencia específica. Su pasión meditativa no se enciende por un mero fantasma ahistórico sino tras un temporal hombre de carne y hueso, frágil instante trascendiendo a lo eterno. Un hombre que en cuanto constituído por auténtica, efectiva libertad, es algo a concretar, algo

que en todo caso podrá ser a partir de la decisión y el riesgo individual. No una cosa hecha, dada en totalidad de acabamiento para ser poseída pasivamente, sino un poder-ser, una potencia viva, un interrumpido querer hacerse en doloroso y permanente esfuerzo de alumbramiento. En una palabra, y para decirlo con la expresión que Korn amaba tanto, el hombre es "libertad creadora".

En esta delectación en lo ilimitado de la libertad atribuida al hombre hay, sin embargo, alguna inadvertencia de lo que es patente y trágico experimentar de nuestra hora. No se previene allí el peligro de que la libertad ilimitada se trueca siempre en su negación, es decir, en despotismo de una pseudo libertad restauradora del imperio de una nueva forma de necesidad y de naturalismo. Es el brotar de un naturalismo que estaba agazapado en una impura concepción de la temporalidad, es decir, del hombre y de su mundo.

En esa delectación ante el poder ilimitado del hombre individual como único señor de sí y del mundo acecha la propensión a resbalar hacia el error de creer que todo le estará permitido con sólo quererlo y sin superior instancia a quien rendir cuentas. Esta es la tragedia de ese humanismo a que tan energicamente propendía la modernidad. Contra este humanismo abstractamente individualista está el pensador de Korn aunque su palabra, hay que confesarlo, le deja muchas veces prisionero de su adversario. Y en esas sus prisiones cabe advertir el desasosiego añorante de quien en su recóndito pensar piensa en su morada propia, junto a aquellos que encendidos en nostalgia de lo Absoluto tejieron la sutil filigrana panteísta, para nupcial enlace

EVOCACIÓN

de lo trascendente con la inmanencia.

Pero con esto llegamos a un punto crítico y muy delicado de los avatares de Korn en el alumbramiento de sí mismo. Son los años de su madurez espiritual, de su vejez florida y sabia. Son los años pudorosos de una prudencia responsable. Korn ha conversado mucho de estos temas de su pensar más profundo y sus amigos saben de una lenta movilización preparatoria de un nuevo avatar que le mostraría en una más plena y más propia imagen de su personalidad vivida. Esto está, efectivamente, en él, como el índice de gravedad de un Korn aún no escrito pero ya alumbrado al hilo de su conversación con los amigos. Esta conversación,

no acerca de Korn, sino con Korn, habrá de proseguirse. Y se habrá de escribir lo que el pensó y dejó flotando en la calidez de su decir oral. Este diálogo habrá de proseguirse, porque Korn es un auténtico maestro y lo propio de los maestros está en su aptitud para perdurar en sus hijos espirituales, como lo propio del padre es continuarse en sus hijos. En los hijos, que nunca son idénticos al padre, pero que son lo mejor del padre en cuanto constituyen el testimonio de su fecundidad para sobrevivir al juicio del tiempo, que sólo acoge a los que con su amor supieron regar la esperanza de lo que ha de venir.